

## Notas bibliográficas

**Braudel; de Pierre Daix, Flammarion, Paris, 1995.**

Pocos historiadores han sido tan personalmente identificados con una cierta forma de practicar la disciplina histórica como Fernand Braudel con el movimiento de los *Annales* en su fase triunfante. Con aire de autoridad, el cabello prematuramente canoso, Braudel reinó indiscutido sobre el conjunto de instituciones que impulsaran ese movimiento desde la muerte de Lucien Febvre, en 1956, hasta los finales de la década del 60. No obstante, desde fecha anterior, la publicación de su famosa tesis sobre el Mediterráneo, en 1949, y hasta su muerte en 1985, que dejara inacabado su ambicioso proyecto de la *Identidad de la Francia*, su figura encarnó la propuesta de una historia-ciencia social, interesada en los fenómenos colectivos y en sus estructuras. Por tanto, hay algo de irónico que justamente dos trabajos de cuño biográfico vengan a retrasar su trayectoria individual con motivo del décimo aniversario de su muerte. ¿O es que acaso puede haber algo más *événementiel* que tal "efeméride"?<sup>(1)</sup>

Cierto, una vez vencida la batalla contra la historia "historisante" —al menos en los medios universitarios— los historiadores de *Annales* pueden reconocer sin problemas que también ellos practican, a su manera, la narrativa; la historia política readquiere sus derechos de ciudadanía en la disciplina, y no sólo los adeptos de la micro-historia italiana manifiestan un interés renovado por el acontecimiento y por lo singular. Así, por ejemplo, Jacques Le Goff viene a ofrecernos con su biografía de San Luis un nuevo modelo para el género, cuyas reglas altera hasta el punto de preguntarse —medio en serio, medio en broma—, si su personaje habrá incluso existido.

Pero que el lector no se haga ilusiones: ese no es para nada el caso de Pierre Daix, que está suficientemente convencido de la existencia de Fernand Braudel para trazar de él una biografía bastante convencional, lo que en sí mismo no es un defecto. Ligado por lazos de amistad a Braudel y con antecedentes como novelista e historiador del arte moderno, el autor contó con el apoyo de la viuda del historiador, Paule Braudel, que le franqueó el acceso a los papeles y documentos de familia. Realizó asimismo entrevistas a los amigos, colaboradores y ex-discípulos, reuniendo en conjunto un material interesante y variado. Es una lástima que así equipado, el autor no haya sabido, o deseado, evitar dos de las trampas constantes del género biográfico: la primera, la tendencia a construir toda la narrativa en función de lo que sabemos será su final; una figura del biografiado que aparece desde el principio, con ciertos atributos que marcan su trayectoria y su singularidad. La segunda, menos sutil, es el tono apologético de quien yendo más allá de la simpatía y admiración legítimas por el personaje que describe, juzga deber hacerse cargo de su defensa, y de la de su obra, contra una posteridad que, a su opinión, no les estaría haciendo la debida justicia.

Anotadas estas reservas, hagamos por nuestra parte justicia a los méritos del libro, que también los posee. Porque si bien no encontramos en él un análisis especialmente penetrante del contenido de la obra braudeliana, por otro lado P. Daix nos brinda un relato minucioso de sus condiciones de elaboración. Comenzando por la importancia en la formación del joven Braudel de la experiencia del viaje y la confrontación con otros espacios: Argelia, el Brasil, los archivos españoles, Dubrovnik. su primera estadía en Alemania integrando las fuerzas de ocupación francesas (en 1925), estadía que luego fuera

forzosamente repetida, en condición de prisionero de guerra. Este período de cautiverio es el que da margen a las que tal vez sean las páginas más interesantes del libro. En ellas acompañamos paso a paso, sobre el fondo dramático de los acontecimientos, las etapas decisivas de la gestación de la tesis hoy clásica, escrita y reescrita indefinidamente, a través de la correspondencia triangular entre Braudel, internado en campos de prisioneros alemanes, su esposa, en Argelia y Lucien Febvre, en la Francia ocupada.

A continuación, el libro destaca la formidable actividad de Braudel como constructor de instituciones, primero secundando los esfuerzos de Febvre para la publicación de los *Annales* y la creación de la VI Sección de la *École Pratique des Hautes Études*, y luego, asumiendo la herencia del maestro y ampliándola con la creación de la *Maison des Sciences de l'Homme*. Bajo ese prisma, Daix consigue presentarnos un cuadro vivo y aclaratorio de las condiciones de producción intelectual de la posguerra, como la importancia del financiamiento norteamericano, a través de la Fundación Rockefeller, y de los enfrentamientos de la guerra fría. (Braudel y los *Annales* eran acusados por el PC francés de haberse "vendido" al imperialismo yanqui, mientras que más tarde será la Fundación Rockefeller la que verá con sospechas los contactos de Braudel con los intelectuales comunistas y con la Europa del Este) Son igualmente revisadas la resistencia opuesta por una Sorbonne tradicionalista a las propuestas de renovación presentadas por los *Annales* y a las batallas ministeriales derivadas de la misma, muchas veces ocultas para la mirada exterior, por el éxito de internacionalización del debate historiográfico, capitaneado por Braudel y sus aliados.

La entrega del bastón de mando a la generación siguiente se produce en medio de las secuelas dejadas por Mayo del 68, y una nueva mutación del panorama historiográfico, que se va distanciando del ideal braudeliano de una ciencia total del hombre, para asumir la fragmentación de diálogos parciales, localizados, con las otras ciencias sociales. Aquí, el tono apologético a que ya hicimos referencia pesa más fuertemente sobre la narrativa de Daix, que no esconde cierta amargura al pintarnos un Braudel como un *Lear* más afortunado, "traicionado" por sus herederos y constreñido al aislamiento espléndido de las honras oficiales, mientras que elabora sus últimas grandes obras, sobretudo la trilogía *Civilización material, economía y capitalismo* (1979). De hecho, si la ruptura entre Braudel y los nuevos *Annales* se torna visible, la cuestión podría ganar con un tratamiento menos pasional del que le confiere Daix. De todos modos, nos queda de su lectura, la impresión de la profunda grandeza, al tiempo que la desmesura, del conjunto de una obra que fue capaz de abandonar los límites seguros del "cabotaje" historiográfico para afrontar el mar abierto batido por los vientos de larga distancia.

Marcos Guedes Veneu

#### NOTA

(1) Además del libro de P. Daix de que nos ocupamos aquí, ha sido también publicado en este año el trabajo de Giuliana Gemelli, *Fernand Braudel*, traducido del italiano al francés por B. Pasquet e B. Propetto Marzi. París, Ed. Odile Jacob. Se trata de una versión bastante modificada y aumentada del original italiano que apareciese en 1990 bajo el título *Fernand Braudel e l'Europa universale*.

*Costumbres en común*; de E. P. Thompson, Ed. Crítica, Barcelona, 1995.

*Costumbres en común* —editado en su original inglés en 1991— constituyó sin dudas por muchos años el libro más esperado de Edward Thompson. Y ello tanto por el interés de sus temas y los antecedentes del autor como por el evidente deseo de muchos de sus colegas de recuperar a un Thompson historiador, dedicado durante un largo período de su vida a la militancia en el movimiento pacifista y antinuclear e incluso inclinado hacia la literatura. Fue el último libro publicado durante su vida, al que siguió solamente el póstumo *Witness against the Beast*, sobre William Blake —por otra parte un título emblemático al que podrían reconocérsele connotaciones autobiográficas—. Difícilmente los lectores encuentren en *Costumbres* un “último Thompson” sustancial o al menos formalmente diverso de sus anteriores escritos. Vuelve aquí a estudiar una “cultura tradicional rebelde” de la plebe inglesa, que se desarrollaría en el marco de una “hegemonía cultural” de la gentry, con las herramientas conceptuales de un materialismo histórico y cultural según el cual “...las ideas y los valores están situados en su contexto material, y ... las necesidades materiales están situadas en un contexto de normas y expectativas”.<sup>(1)</sup> En suma, facetas de un tema ampliamente trabajado en diversos artículos, en parte publicados en español por Editorial Crítica bajo el título de *Tradicón, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, 1979.

Escrito en un dilatado lapso de veinte años, en forma intermitente y en contextos variados, el libro se presenta como una colección de capítulos sobre temáticas estrechamente vinculadas con un argumento central. Desde la introducción Thompson se preocupa por explicitar el hilo conductor de los diversos textos, avanzando la tesis de que la conciencia de la costumbre y los usos consuetudinarios de los trabajadores del siglo XVIII e inicios del XIX era especialmente fuerte. Discute entonces la noción de un éxito claro de las presiones ejercidas desde las capas altas de la sociedad para reformar la cultura popular a lo largo de todo el siglo XVIII, a la vez que afirma la empeñada resistencia de las tradiciones populares —algunas en rigor de reciente invención— y el creciente distanciamiento cultural entre patricios y plebeyos. Fiel a sus concepciones iniciales, no tiene inconvenientes en recalcar una vez más el carácter clasista de esa división, guardándose sin embargo de generalizaciones sobre el campo de la cultura. Se preocupa por situar la discusión sobre las culturas patricia y plebeya en contextos históricos particulares, recorriendo diversos temas en los cuales puede rastrear la función y modificación de los elementos constituyentes de la identidad social, recurriendo a un acervo documental notoriamente ampliado e integrando al análisis observaciones ocasionales pero precisas sobre fuentes icónicas.

El estudio, “Patricios y plebeyos”, recoge pasajes de *Patrician society, plebeian culture and de La sociedad inglesa en el siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?*, publicados originalmente en 1974 y 1978. Está dedicado a analizar las relaciones entre una gentry primordial pero no únicamente definida por el acceso a la tierra y una multitud proteica, cuyos actos tienen lugar siempre en contextos específicos definidos por el equilibrio local de fuerzas. Atento al despliegue temporalmente situado de los conflictos, Thompson insta empero a no pasar por alto los fuertes controles económicos de la unidad doméstica y la efectiva hegemonía de la gentry sobre la vida política por lo menos hasta 1790, posponiendo hasta Peterloo (1819) y los motines del Capitán Swing (1830-1833) la crisis del paternalismo ejercido sobre el amplio espectro social que abarcaba desde “los pobres” hasta la pequeña gentry y los profesionales. Destaca además dos aspectos que reafirman la relativa autonomía cultural de

la plebe del XVIII los cuales serían la progresiva decadencia del dominio "mágico" de la Iglesia y sus rituales y la datación —aún incierta— de un tradeunionismo pleno hacia el 1700. La polarización de intereses antagónicos y su correspondencia dialéctica en la cultura se estudia en el ámbito de una reciprocidad *gentry*-multitud en la cual cada parte es, hasta cierto punto, prisionera de la contraria en una contienda simbólica. De manera evidente, "Patricios y plebeyos" es un capítulo programático, en el que surgen no sólo todos los aciertos de Thompson en el análisis de los conflictos socio-culturales ingleses del siglo XVIII, sino también sus limitaciones al excluir explícitamente elementos como el comercio y la manufactura o la construcción del imperio ultramarino.<sup>(2)</sup>

El siguiente trabajo es "Costumbre, ley y derecho comunal", y en él analiza las formas comunales como concepto alternativo de posesión, transmitidas en la costumbre como las "propiedades de los pobres". Confronta permanentemente lo consuetudinario, la "costumbre" —clarificada desde el concepto de *habitus* de Pierre Bourdieu como un entorno vivido—, el derecho comunal y la *Common Law*. Entre prácticas agrarias y poder político, identifica un "área de fricción" en la que se encuentra la costumbre como escenario del conflicto de clases.

"La economía «moral» de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII" se transcribe sin alteraciones con respecto a su versión original de 1971, y va seguido de un capítulo denominado "La economía moral revisada" (que bien podría llamarse "La economía moral confirmada"). Allí Thompson despliega sus más brillantes dotes de polemista —como ya lo observara José Sazbón, en el número citado de *El Cielo por Asalto*—, dedicándose en particular a clarificar el papel de las mujeres en la producción, el mercado y los motines, y a discutir una definición de la "economía moral" que se ocuparía de la forma en que se negocian las relaciones entre las clases en contextos en los cuales la hegemonía no se impone ni discute.

Viene a continuación otro artículo publicado sin cambios: "Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial" de 1967, incluido —como "La economía «moral» de la multitud"— en el ya aludido *Tradicción, revuelta y consciencia de clase*, en tanto que cierran el libro dos estudios sobre rituales elaborados y multiformes: "La venta de esposas" y "La encerrada", el último de los cuales recoge partes de "*Rough music: le charivari anglais*", de 1972. Estos dos últimos capítulos le permiten analizar los modos de autocontrol social y moral de clase a partir de las ceremonias y rituales. Conservadora en muchas de sus formas, la cultura plebeya se muestra igualmente en estos textos como una otra cultura distinta de la normada por la Iglesia o la autoridad civil, que fácilmente puede transitar hacia el conflicto abierto en las calles, posadas y mercados o ser materia de los tribunales oficiales. "La venta de esposas" da cuenta de lo que se ha dado en llamar una tradición inventada que, usando los simbolismos del mercado, oficia en cierta modo de mecanismo extremo de divorcio popular; en tanto que "La encerrada" se dedica a un ritual ampliamente abordado por los historiadores de la cultura popular —especialmente para el caso francés—. Además de la ya apuntada cualidad de Thompson para demoler sin eufemismos a sus adversarios —notoriamente, S. P. Menefee en el primer caso y Claude Levi-Strauss en el siguiente—, destaca aquí un magnífico trabajo en *longue durée*, los ejemplos aducidos en la interpretación abarcan desde mediados del siglo XVI hasta las décadas de 1920-30, sin que falten las observaciones sobre las profundas modificaciones en la función y características de las prácticas. Por otro lado, se deja ver como una profunda falencia la carencia de una visión teóricamente sólida de las relaciones entre los sexos. Aun cuando Thompson pueda ironizar fácilmente sobre las anteojeeras de ciertas versiones feministas y no reduzca los contenidos culturales de lo sexual, se evidencia que no dispone de una visión clara de las funciones ligadas al sexo, lo que lo

lleva a diluir toda diferencia en la síntesis de la clase. Adicionalmente, no quedan claros los contenidos que el autor le da a términos como "patriarcal" o "patriarcado", habida cuenta de sus usos divergentes en "Patricios y plebeyos" y "La venta de esposas".

En los nuevos artículos y en aquellos reelaborados se denota una sutil diferencia con respecto a otros trabajos del mismo autor: un tenue esfuerzo por validar su argumentación con referencias teóricas. Entre éstas pueden mencionarse la ya aludida inclusión de Bourdieu —mejor comprensible si recordamos su rescate en *Miseria de la teoría*<sup>(3)</sup>—, el intento de cotejar su propia visión de los carriles por los que se construye la identidad social con la visión gramsciana de los *Cuadernos de la cárcel*, un acotado y preciso uso de Marx y, principalmente, una reveladora aceptación de la crítica de Carlo Ginzburg a "...mi empirismo amorfo y mi obsesión por las funciones manifiestas..." de *Rough music...* que lo lleva a admitir una vinculación entre formas y funciones en la mediación de los ritos.

El acercamiento de posiciones y un intercambio sincero no fueron extraños a un Thompson muchas veces presentado como un mero francotirador intransigente.<sup>(4)</sup> Pero las alusiones a otros marcos analíticos no deberían obnubilarnos. Nuestro autor constituye en sí mismo un universo teórico autocentrado y referible únicamente a la tradición intelectual que buscaba defender en *Miseria de la teoría*. Retoma en *Costumbres en común* algunos de los conceptos que dieron amplia repercusión a su obra, como ser los de "campo de fuerzas" social, hegemonía, reciprocidad y —siempre latente— experiencia.<sup>(5)</sup> Pero la articulación conceptual más relevante es aquí la de *costumbre y cultura*. El término *costumbre* es permanentemente contextualizado, aun cuando desde el inicio se destaca que durante siglos se usó para expresar una parte de lo que ahora se definiría como *cultura* en el sentido de comportamiento, hábito, ambiente y *mentalité*. En la base del concepto de costumbre que Thompson utiliza se encuentra la noción de una experiencia y un aprendizaje compartidos en el seno de la clase, a partir de usos, ceremonias y símbolos que la vinculan y diferencian en el campo social. La costumbre, luego, es también una retórica de legitimación de las prácticas y derechos de la clase en constante flujo. La concepción de un dinamismo histórico empíricamente constatable lo lleva a impugnar la utilidad de un concepto de cultura como "sistema de significados, actitudes y valores compartidos, y las formas simbólicas (representaciones, artefactos) en las cuales cobran cuerpo" —en la ya famosa definición de Peter Burke— por sugerir una visión demasiado consensual y estática, prefiriendo otorgarle al término un sesgo centrado en el conflicto, las fracturas y las oposiciones dentro del conjunto. La costumbre estaría entonces revistiendo, caracterizando y vehiculizando culturas definidas por un posicionamiento y una contradicción de clase. Quizás para Thompson toda alusión a un "sistema" tenía una inaceptable connotación estructuralista, pero no puede negarse que la noción de la cultura como un campo de conflictos horizontales y verticales en el cual se dirimen la autoridad simbólica y la hegemonía cultural tiene evidentes ventajas hermenéuticas y expositivas, que el autor sabe explotar. El resultado general es una prueba más de una historia dinámica que enlaza lo cultural, lo social y lo económico sin distinción de "niveles" o "estructuras", en un esquema interpretativo, comprensivo y relacional.

Más allá de su amplia erudición, de sus referencias teóricas y del ingente trabajo de archivo que presupone, *Costumbres en común* muestra entre los pliegues de la profesión a un Thompson intelectual. No mero historiador, sino humanista convencido y comprometido con la acción en beneficio del futuro; una acción que se hace en el presente y en el pasado. Por eso la reiteración de una visión posicionada; sin desconocer manifestaciones populares como el partidismo, el entusiasmo patriótico, la xenofobia o el fanatismo religioso prefiere estudiar las prácticas en las que se denote la volatilidad de la multitud, los motines, protestas,

conflictos y divergencias. Bucear en esos espacios significó para Thompson un rescate de las necesidades, expectativas y códigos de una "naturaleza humana precapitalista", que explícitamente ensambló con el imperativo de proponer una nueva clase de "conciencia consuetudinaria" en oposición al poder de los Estados capitalistas y comunistas.

De hecho, Thompson nunca aceptó la posición esquizofrénica de reconocerse por separado historiador y socialista, dividiendo competencias en distintos órdenes de la vida. La negación de la profesión entendida como coto cerrado de los especialistas en cosas muertas era congruente con su frecuente alejamiento de cátedras y archivos. En un juego de distanciamientos y acercamientos, mantenía en una tensión dialéctica su relación con sus colegas y su vinculación con el mismo pasado. Si *Costumbres en común* representa algo así como la reafirmación del legado historiográfico de E. P. Thompson en la época del neoliberalismo y del pensamiento fragmentario, podemos decir que constituye un legado fuerte, denso, no sólo por su interés disciplinario sino sobre todo por su posicionamiento moral.

Luciano P. J. Alonso

## NOTAS

- (1) E. P. Thompson en Hobsbawm, E. y otros, "Agendas para una historia alternativa", en *El Cielo por Asalto*, Nº 6, Buenos Aires, Verano 1993/1994, pág. 30. Nótese además el decidido rechazo de un supuesto "culturalismo" en E.P. Thompson, "La política de la teoría", en R. Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Crítica, Barcelona, 1984, especialmente págs. 301-305.
- (2) La desatención de Thompson a los problemas derivados del desarrollo del mercado con relación a la cultura de las clases trabajadoras ha sido observada por H. Medick, "Plebeian culture in the transition to capitalism", en R. Samuel, and G.S. Jones (eds.), *Culture, ideology and politics*, Routledge & Kegan Paul, London, 1982, págs. 84-112.
- (3) E.P. Thompson, *Miseria de la teoría*, Crítica, Barcelona, 1981. Nótese el aprovechamiento conceptual de Bourdieu que Thompson realiza en *Costumbres en común*, en comparación con su uso ilustrativo —podría decirse, anecdótico— en "Tiempo, disciplina de trabajo...", de 1971.
- (4) Cf. vg. la actitud observada por J. Sazbón, "Dos caras del marxismo inglés. El intercambio Thompson-Anderson", en *Punto de Vista*, Nº 29, Buenos Aires, abril-junio de 1987, con una valoración positiva del debate y de un cierto acercamiento de posiciones.
- (5) Para el marco general del análisis thompsoniano en cuanto a los conceptos de clase y experiencia nos remitimos a M.A. Caínzos López, "Clase, acción y estructura: de E. P. Thompson al posmarxismo", en *Zona Abierta*, Nº 50, Madrid, enero-marzo de 1989, págs. 1-69, quien destaca con acierto las limitaciones del autor bajo estudio para la construcción de una teoría de la acción social en el marco de un materialismo histórico reformulado.

**Los Males de la Memoria. Historia y política en la Argentina; de Diana Quattrochi-Woisson, Emecé Editores, Buenos Aires, 1995.**

La traducción de *Los Males de la Memoria*, cuya versión francesa apareciera hace unos años atrás, se necesitaba con fuerza. Solamente la debilidad presente de nuestro mercado

editorial puede justificar el que recién ahora la tesis de Diana Quattrochi se ponga a disposición de un público más amplio.

La versión original, como si se tratase de una película y no de un libro, tenía también otro título: *Un nationalisme de déracinés. L'Argentine pays malade de sa mémoire*. Título sin duda más fuerte, y que inducía a una lectura de la revisión de las caprichosas formas en que se enredaron conocimientos del pasado y acción política en la Argentina que desde el mismo comienzo era impugnada como anómala. Pero, más allá de las modificaciones del título, y como Quattrochi lo señala en las primeras páginas, esta tesis, "redactada en francés, para ser defendida en una universidad parisina, había sido pensada y vivida en términos de identidad argentina".

Se trata de una historia del "Revisionismo Histórico", desde su emergencia durante los años 20 hasta la caída del peronismo. Un breve epílogo propone algunas claves de lectura para el período posterior. Esta historia parte de una constatación: Argentina es un país donde la historia profesional ha tenido escasa autonomía y dinamismo, pero donde el debate sobre el pasado, pensado en términos de búsqueda de la identidad nacional, ha sido permanente fuente de divisiones contemporánea. "El vacío dejado por la disciplina histórica fue ocupado por un movimiento de contrahistoria militante, conocido bajo el nombre de Revisionismo Histórico". Así concebido, el estudio del revisionismo va a ser planteado en términos de sus relaciones con las grandes corrientes políticas de esos años, el Radicalismo y el Peronismo.

La imagen de Rosas ocupa entonces el lugar central. Porque si bien el movimiento de la contrahistoria es analizado, dando cuenta de sus distintas corrientes y orientaciones, lo que para Quattrochi constituye esencialmente este movimiento es la recuperación del dictador bonaerense como figura clave del pasado argentino. La reexaminación del objeto Rosas que aquí se nos propone, posee como originalidad las fuentes adonde ha ido a buscarse esa sucesiva reconstrucción de figuras míticas del pasado. Si bien el libro alcanza sus momentos más logrados en la exposición de las relaciones entre el revisionismo y poder político después de 1943, esa manera distinta de enfrentarse al objeto, y en consecuencia de producir las fuentes del mismo, se encuentra desde las primeras páginas. Una referencia autobiográfica de A. Mathiez, comentando su viaje por la Argentina de los años 20, nos ofrece un primer indicio de cómo la autora se propone leer a los historiadores de profesión.

La primera y la segunda sección del libro, "Doble Nacimiento, 1916-1930" y "Del divorcio al repudio, 1934-1943" están dedicadas a proporcionar un panorama de la emergencia del rosismo como preocupación dentro del pasado nacional y a describir las instituciones y obras más características del período. Se trata del período mejor conocido del Revisionismo Histórico, historia que se han ocupado en contar, entre otros, los mismos protagonistas de esta experiencia. Por otra parte, otros estudios más recientes, como el de Buchrucker, o incluso el de D. Rock, han trazado panoramas más o menos equivalentes. Pero, en estos apartados, el mérito intrínseco de la contribución de Quattrochi es haber proporcionado una visión de detalle de la vida de aquellas instituciones que expresan específicamente la producción del conocimiento del pasado. Se aprecian así nuevas informaciones acerca de la posible emergencia de un revisionismo radical durante la presidencia de Alvear, distintas de las proporcionadas por J. Irazusta, un análisis de la labor editorial de *América*, pero sobre todo un estudio breve, pero esclarecedor, del tamaño de las instituciones universitarias de la historia de los años 20.

En la segunda parte, o sea el período entre 1934 y 1943, resulta sin duda más difícil ser original, porque se trata de la etapa más revisada de nuestra historia ideológica contempo-

ránea. Pero, no obstante, el libro aporta su nueva carga de informaciones. Los trámites alrededor de la repatriación de los restos de Rosas y las informaciones sobre las querellas entre algunos de los miembros destacados de la familia rosista nos proporcionan informaciones de gran interés, pero es nuevamente en el análisis de las instituciones históricas oficiales donde el material ofrecido alcanza sus mayores rasgos de originalidad, y aporta para la valoración adecuada de cómo ha venido a producirse esta escisión entre historia-oficial y contra-historia. En este sentido, el capítulo 5 "La oficialización de la historia" nos parece el más logrado.

Pero, como dijimos más arriba, no obstante las aportaciones heurísticas en estas secciones —y aquí también hay que decirlo, la autora escribió la primera versión de esta obra hace 7 años— el período, en conjunto, resulta más o menos conocido. Muy distinta es la situación en cuanto al apartado final, "Un matrimonio razonable" donde se estudian las relaciones entre el Revisionismo y el Peronismo. Esta sección es también la más extensa del libro, y se puede apreciar aquí un intenso trabajo de revisión de fuentes que da como resultado una exposición completamente original del desarrollo de las instituciones históricas oficiales y de las posiciones de los historiadores rosistas frente a esa gigantesca transformación social que impulsó el primer peronismo.

La presentación de la continuidad de algunos debates y polémicas, como las mencionadas de la repatriación de los restos de Rosas, o acerca del monumento a Canning. Pero, al mismo tiempo, la nueva coyuntura política lleva a denunciar desde el comienzo los vínculos entre un estilo político que califica de nazi o fascista, a una concepción de la historia que privilegiaba la figura del dictador en la historia argentina. Las diferentes valoraciones del pasado entre oficialismo y oposición darán lugar a extensos debates parlamentarios sobre las fechas de conmemoración, centrando el debate sobre la inclusión entre los días patrios, del 12 de Agosto, fecha de la reconquista de Buenos Aires, o del 3 de Febrero, fecha de la batalla de Caseros.

Y del Parlamento, pasamos a la Universidad, especialmente a la Facultad de Filosofía y Letras, donde podemos ver el dispositivo por el cual las figuras tradicionales de ese ámbito son desplazadas, pero sin que al mismo tiempo pueda obtenerse por parte del revisionismo una posición de predominio más o menos aceptada. Quattrochi, que caracteriza este proceso como "el cuasi triunfo institucional de los Revisionistas", lo que convierte a la situación en una suerte de empate técnico, dado que el Estado peronista aísla también a la Academia de Historia.

El ambiente de hostilidad general en el mundo universitario y de la cultura, inclinará a los escritores revisionistas a expandir a la que había sido su institución inicial: el Instituto Juan Manuel de Rosas, que a diferencia de la etapa precedente, gozaría de toda una serie de apoyos más o menos oficiales, aunque nunca logró ocupar el centro de la memoria del régimen peronista. El matrimonio de razón, metáfora que nos propone la autora para pensar estas relaciones, evolucionará en el sentido que a propósito del centenario sanmartiniano, en 1950, todas las operaciones de memoria girarán alrededor del vencedor de San Lorenzo. Pero entre medio de las analogías que inducía a buscar la propaganda oficial entre San Martín y Perón, los revisionistas introducirán la figura de Rosas, lo que da lugar a la emergencia a finales de los años cuarenta de lo que aquí se denomina "tríada mítica" San Martín-Rosas-Perón. Será, no obstante la caída del peronismo el momento en que el revisionismo encuentre su domicilio permanente en esa "gran fuerza social y política a la que de ahora en más su suerte está ligada, de modo que en lo esencial, puede decir *misión cumplida*".



La conclusión final oficia de síntesis sobre la trayectoria de esta empresa de "contrahistoria". Retomamos un párrafo de allí. "Si en el pasado las críticas ácidas de los Revisionistas contra la cultura y la historia oficial no nos parecían desprovistas de asidero, hoy... al imponerse como la contramemoria oficial de los argentinos, se ha transformado en verdadero corsé de la memoria colectiva. Los mitos pueden dar cuenta de una realidad, aun deformándola. Alimentando grandes creencias colectivas ejercen también una función de verdad. Quizás la mejor manera de criticarlos sería no esforzarnos en demostrar su falsedad, sino interrogarnos sobre los fundamentos de su veracidad."

Digamos finalmente que, entre tantas cosas buenas y nuevas del libro, sin embargo, nos queda una pregunta acerca de un tópico que la autora estaba en condiciones inmejorables de tratar, la de las relaciones ideológicas entre los primeros nacionalistas y la derecha francesa. Por cierto que son mencionados Maurras y l'Action Française y Quattrochi menciona como fuente "hasta ahora casi ignorada" a la *Revue de l'Amérique Latine*, pero a la que sólo dedica un párrafo. Nos habría gustado saber algo más de esos vínculos. El libro ofrece también un prefacio debido a la pluma del conocido historiador Krzysztof Pomian que reflexiona sobre los vínculos entre política, historia y memoria comparando el trabajo de Quattrochi con las experiencias europeas. Este prefacio, aunque aquí haya sido mencionado al final, es otra de las muchas buenas razones para comprar el libro.

Eduardo Hourcade

**Vicente Fidel López: la construcción histórico-política de un liberal conservador, de Alberto Rodolfo Lettieri, Biblos-Fundación Simón Rodríguez, Buenos Aires, 1995.**

El libro de Lettieri indaga la aventura intelectual de un historiador político de la franja liberal conservadora argentina (acentuando el segundo término más que el primero). Es cierto, después de la segunda mitad del siglo XIX el liberalismo se perfila como ideología dominante. De allí que la trayectoria de Vicente Fidel López sea la de un pensador que siempre aparece en los márgenes o entre los grupos a menudo derrotados. Pienso que, una primer nota relevante de este trabajo, radica en que se nos narra la historia de aquellos proyectos —encabezados en su mayoría por López— que no lograron imponerse, aunque como lo muestra muy bien Lettieri tienen gran influencia entre la elite.

Hay dos objetivos —que están ligados— en esta obra. Primero, analizar el componente liberal conservador de López. Y en segundo lugar, realizar un estudio histórico de la trayectoria de un historiador político.

En cuanto a la ideología liberal conservadora, pienso que Lettieri parte de una definición correcta. En el siglo XIX el pensamiento conservador liberal no se opuso al progreso. En todo caso, trató de poner ciertas vallas de contención a lo que se consideraban los excesos del liberalismo, y trató de buscar un equilibrio entre los cambios y la conservación del sistema de vínculos y normas morales existentes. El liberalismo conservador quería al mismo tiempo preservar la tradición pero sin oponerse a las reformas que se postulaban. Es precisamente esta concepción conservadora la que podía articularse —aunque no sin

contradicciones— con el pensamiento liberal. Un elemento típico de este pensamiento conservador de López es la representación de la sociedad como un organismo. Sin embargo, esta apelación al organicismo no liquidaba ni al individuo ni a su libertad. Por el contrario se armonizaban. López pensaba que sólo a través de la organicidad del sistema político los ciudadanos podían acceder a la libertad. Pero Lettieri a lo largo de su trabajo detecta otros componentes conservadores, la defensa de un gobierno propio, el pragmatismo, la intención de armonizar el equilibrio con el cambio o la permanente oposición a la soberanía popular. Es decir, este pensamiento se articula con el liberalismo con posiciones reaccionarias.

Pero el trabajo de Lettieri no se detiene en el análisis textual de los discursos de López. Este es un primer paso. Su segundo propósito consiste en mostrar la trayectoria de López en el interior de la evolución del proceso histórico del siglo XIX. Lettieri apela decididamente a una clave histórica para comprender este itinerario. Nos deja la imagen de dos momentos distintos en su reflexión y en su accionar. La intención permanente de López reside en la construcción de un sistema político orgánico. En un primer momento, esto es, después de la caída de Rosas, López piensa en una solución autoritaria. Apela a la figura del "Gran Hombre" —figura típica del romanticismo—, aquel que sintetizaba en su persona las costumbres e ideas de todo un pueblo. Esta individualidad es invocada para realizar una tarea precisa: crear hábitos de obediencia. Se trata, a los ojos de López, de un proyecto de nación que articule al hombre fuerte con las clases propietarias, las que a su vez debían influenciarlo. López coloca en primer lugar, la intervención de un verdadero *Leviatán*, y al mismo tiempo la necesidad de recurrir a esa reserva moral e intelectual que significan esa elite noble de cuna. Anotemos que este proyecto que pedía la intervención de un "Gran hombre" no era nuevo. Con ciertas diferencias ya la generación del 37 —a la cual pertenecía López— había querido reencauzar a la nación pidiendo los auxilios de Rosas, luego de Lavalle y más tarde del General Urquiza.

Lettieri define un segundo período de madurez teórica en la trayectoria de López. Estamos en la década del 70 y López y su grupo patricio —con el que simpatiza— están desplazados del poder político. De allí que López abandone aquella estrategia inicial —del primer momento— que consistía en postular un poder ejecutivo fuerte y la disolución de las entidades provinciales con el objeto de articular de modo orgánico el poder central con los distintos municipios. Hacia los años 70 este proyecto ya no tiene sentido. Por el contrario promueve la creación de mecanismos que garanticen el acceso de las minorías jerarquizadas de la propiedad y de la cultura en el gobierno, transformando el gobierno ajeno en gobierno propio. Como dice Lettieri "su modelo a implantar es el gobierno parlamentario o responsable. Su arma maestra, el consejo de ministros. Su principio, la soberanía de la nación. Su necesidad, acabar con lo que considera falacias, como la división de poderes o la igualdad. A la demagogia opone la propiedad, a los derechos los deberes, al descontrol el equilibrio, a la democracia inorgánica la sociedad orgánica... Y en este punto su pragmatismo teórico cobra un sesgo decididamente utópico". Lettieri señala muy bien el fracaso de este proyecto: no consiguió modificar en absoluto las bases del orden político. Sin embargo, la palabra de López será escuchada en momentos de crisis. Por ejemplo, sus severas críticas al librecambio durante la crisis económica de 1873, su decidida defensa del territorio argentino frente a las pretensiones chilenas o su desempeño como Ministro de Economía durante la crisis del 90.

La imagen que nos presenta Lettieri es la de un político intelectual que si bien no alcanzó la centralidad —no fue presidente como Sarmiento, Mitre o Avellaneda— diseñó un

proyecto alternativo dentro de la elite de Buenos Aires. Aunque no torció el curso seguido por el sistema político argentino influyó en varios temas a esa elite.

El libro de Lettieri nos deja una imagen más rica del itinerario de un político-historiador. No se aboca exclusivamente a las tareas historiográficas de López, como nos tienen acostumbrados los escasos trabajos que existen sobre este autor. Sino que trata de comprender a López en su doble dimensión: como político y como intérprete de la nación.

Por otro lado, aparece otra virtud de Lettieri, vinculada con el aspecto metodológico. Lettieri estudia como ya advertimos la trayectoria histórica de un político intelectual. Es decir, observa detenidamente el diálogo entre las ideas y las prácticas, entre los problemas y las reflexiones. En este trabajo se trata de mostrar los componentes liberales conservadores de López. Lettieri explica muy bien un rasgo típico del pensamiento conservador: el pragmatismo. Y después, Lettieri pone al descubierto cómo López retoca o modifica pragmáticamente sus razonamientos al advertir los signos de la realidad que le muestran la imposibilidad de su realización. Es decir, no realiza un análisis exclusivo de la organización interna del discurso de López, sino que muestra muy bien esa relación entre pensamiento y acción política. López articula un pensamiento para modificar la realidad y a su vez esa realidad modifica las reflexiones de López. Pienso que Lettieri en este libro se separa muy inteligentemente de otras metodologías de historia de las ideas de estos años. Hay una tendencia en los trabajos de historia de las ideas de estudiar el pensamiento de políticos intelectuales separando su reflexión de la acción concreta. Es decir, son estudios que se obsesionan en el análisis de la economía interna de los textos. A estos trabajos se les escapa que los textos que analizan no llenan su objetivo en la mera teoría, sino que son producidos para intervenir públicamente, para modificar la realidad política que los rodea. El libro de Lettieri no mutila el pensamiento de López sino que lo inscribe en la historia. De esta manera, nos ofrece una imagen más adecuada del proyecto intelectual de López.

Pero al hablar de liberalismo cómo no hacer mención sobre el presente. Esta investigación pone en duda aquella imagen simplista que desde el poder se intenta promover. ¿Existe un único liberalismo el cual está encarnado por el actual Presidente de los argentinos? Si como nos enseña Lettieri, frente al proyecto del '80 existían otros planes liberales alternativos —en este caso con perfiles reaccionarios— por qué no puede formularse hoy otro pero con rasgos progresistas. Este libro, me hace pensar, —aunque yo me ubique en esa franja tan amplia que se llama la cultura de izquierda, que todavía reivindica ciertos principios de justicia social y de pluralismo— que es posible y hasta deseable la aparición de otro tipo de liberalismo. Un liberalismo con el que se pueda dialogar, que defienda la independencia de los tres poderes, que tenga una mayor sensibilidad —si es que este gobierno la tiene—, que rechace la injusticia, en fin, que defienda los valores del llamado progresismo.

Para terminar, la obra se compone de una introducción y una selección de textos. El lector podrá observar una clara correspondencia entre las tesis sostenidas por Lettieri y los discursos elegidos en la segunda parte del libro. Los textos seleccionados son muy sugerentes y representativos de la etapa que Lettieri llama "madurez de López".

Por todo esto, es recomendable la lectura de *Vicente Fidel López: la construcción histórico-política de un liberal conservador*. Lettieri reflexiona muy bien, y al hacerlo nos da —como todo historiador que se precie de tal— las herramientas necesarias para que nosotros sigamos pensando. En este caso sobre el liberalismo, ideología que hoy vivimos y en muchos aspectos padecemos.

***La democracia que tenemos. Ensayos políticos sobre la Argentina actual;* de Hugo Quiroga, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 1995.**

La aparición de una obra como la que es objeto de nuestro comentario resulta un acontecimiento gratamente sorprendente. Y lo es, no sólo por su temática y por su calidad, sino porque se trata de un trabajo teórico-político, con interesantes aportes a la teoría de la democracia, campo disciplinario cuyo abordaje escasea por estas tierras. Que su autor sea, además, un intelectual de nuestro medio —investigador y profesor de la Universidad Nacional de Rosario— y su editor lo sea también, convierten este libro en una *rara avis* que merece ser “capturada”.

Con este conjunto de ensayos que abarcan ocho años de trabajo, Quiroga consigue articular acertadamente y sin forcejeos, dos niveles que, muchas veces, se resisten a una buena imbricación: el pensamiento clásico, por una parte, y el aquí y el ahora, por la otra. El diálogo con antiguos y modernos tanto como la abarcativa atención prestada a los contemporáneos, le permiten proveerse de un nutrido reservorio categorial imprescindible tanto para el análisis de coyuntura como —lo que es más importante— para la construcción de alternativas teóricas con las cuales pensar una alternativa superadora de este presente tan lleno de desencantos.

Como testimonio de una tarea constante y coherente, estos ensayos —que deliberadamente han sido escasamente corregidos o actualizados— constituyen un modelo de trabajo para aquellos que se inician en la investigación en ciencias sociales, a la vez que una excelente ocasión para la reactivación de la memoria reflexiva de cualquier lector interesado por los problemas del país. No son, es cierto, parejos en cuanto a su calidad y a su interés, pero muestran con honestidad el desarrollo de la actividad del investigador en el proceso mismo de su accionar.

El período que abarca la obra es el que va desde la segunda mitad del gobierno de Alfonsín hasta nuestros días. Es decir que considera cuestiones que tienen que ver con la más reciente restauración de la democracia argentina no ya en el momento de la transición inmediata al Proceso, sino en la etapa siguiente, en la que sigue aún sin estar consolidada, pero con el agravante de que ya ha perdido el entusiasmo de que gozara anteriormente y, lo que es peor, empieza a mostrar preocupantes imperfecciones.

Desde el punto de vista teórico, los ocho artículos que componen el libro muestran la reflexión del autor sobre la compleja problemática de las democracias actuales, del mismo modo que los desafíos que ellas presentan a las ciencias sociales. Como en todo texto de teoría política, no falta aquí el nivel del deber ser, es decir, de lo deseable, del proyecto, de la propuesta de salida, de... para usar una palabra muy gastada... la utopía. Una utopía modesta, como lo son las de nuestro tiempo pero que nos aporta las ideas de alguien que, para usar otra palabra muy pasada de moda, se compromete, se juega en la apuesta por una realidad diferente.

El eje temático que da coherencia a todos los ensayos es la tantas veces examinada relación entre el Estado y la sociedad civil. Mas la mirada crítica de Quiroga se detiene especialmente en la pobrísima conceptualización que, de estos dos elementos hace el discurso de nuestra clase política, acorde a la estrechez de miras de los tiempos que corren. Se refiere, por tanto a ese Estado acusado de ser el culpable de la crisis fiscal, en tanto despilfarrador de recursos y, en consecuencia, merecedor de un achicamiento que lo recorte sin anestesia, y a una sociedad civil reducida al mero nivel de lo económico y, en ese

sentido, asimilada al intercambio, al mercado, al juego cuyas reglas impone el neoliberalismo. Contra ese reduccionismo, el libro desenmascara la pretendida obviedad con que, desde este punto de vista, son presentadas situaciones que comprometen crucialmente la existencia de los argentinos y para las cuales se nos trata de convencer de que sólo existe una salida. Al mismo tiempo, considera la vinculación del Estado con el mercado desde una perspectiva amplia y enriquecedora para la cual el Estado no es solamente "bienestarismo" en crisis, ni el mercado ocupa todo el espacio de la sociedad civil y, menos aún, le corresponde el endiosamiento al que se pretende elevarlo hoy.

En lo que hace al terreno de las propuestas, digamos, para finalizar, que Quiroga se pronuncia por un "Estado pro ciudadano" que auspicie y promueva —sin tutelas ni prebendalismos— aquellas iniciativas que surjan de la sociedad civil. Entiende a la mismo como un espacio tanto real como simbólico, dinamizador del cambio social y de las acciones de los individuos, que deberá ir fortaleciéndose de modo autogestionario, de abajo hacia arriba, aumentando desde su propio seno los niveles de participación que permitan a la ciudadanía contrarrestar un presente de indiferencia y desilusión. Una ciudadanía que exija representatividad y ejerza sus derechos al utilizar activamente todos los mecanismos de control que la democracia pone a su alcance, de tal modo que obligue al Estado a rendir cuentas de sus acciones y a establecer políticas que permitan la inclusión, lo más rápidamente posible, de todos aquellos a los que el mercado haya arrojado a la marginación. Un mercado que deje de arrogarse la condición de organizador de lo social y un Estado que, sin volver a viejas prácticas fracasadas, reasuma el protagonismo que tantos clásicos pensaron para él y que, en ningún caso, se reduce al papel de mero administrador ni de celoso guardián de *laissez faire* económico, al que parecen querer confinarlo quienes hoy detentan el poder.

Mónica Billoni

**TRADICIÓN, ACTUALIDAD, MÉTODO.**

*Estructura y organización cooperativa en el campo argentino. Un análisis antropológico institucional;* de Juan Mauricio Renold, Ed. Magister, Rosario, 1995.

La tradición académica, la actualidad temática, y la potencialidad docente para la formación de futuros antropólogos que reúne este trabajo, resultan un buen exorcismo de las visiones de una antropología exótica, esotérica, voluntarista, populista, literaria, retórica, en fin, sentimental.

El libro de Juan M. Renold nos trae aires renovados a las ciencias antropológicas sobre la base de sus mejores corrientes de pensamiento, temáticas relevantes, metodología rigurosa, trabajo de campo, amplitud hacia los aportes de otras disciplinas sociales, y sanas ambiciones teóricas.

El objetivo que la obra plantea desde su título, consiste en un análisis institucional de la organización y estructura de una cooperativa agropecuaria de primer grado, el proceso de toma de decisiones en la misma, y sus relaciones interinstitucionales.

Para ello, el autor crea una urdimbre de valores y actitudes, normas y procesos reales, a partir del registro y análisis de los documentos institucionales, actas del consejo directivo, entrevistas a informantes calificados, y los comportamientos observados.

De este modo establece la **organización** de la institución, definiendo los roles de sus miembros y sus atributos diferenciales, y poniendo de relieve numerosas cuestiones que hoy se discuten como problemas centrales del cooperativismo agropecuario. Entre otras pueden destacarse: la participación democrática y el control de la institución, el compromiso de entrega de la producción y los problemas surgidos del fenómeno que la teoría de la acción social identifica como *free rider* (Olson, 1965), la dicotomía entre ganancia empresaria o servicios para los socios, el problema de los avales personales de los consejeros sobre el endeudamiento de la institución, el debate sobre la necesidad o no de rentar esos puestos directivos, el "gerentismo", las relaciones con otras instituciones cooperativas tanto a nivel económico como gremial.

Pero además, Renold, lejos de quedarse con la descripción concreta de la organización y de estos fenómenos y conflictos, busca su explicación a partir de un análisis de la **estructura**, integrando el sistema de acciones, el sistema de valores, y el comportamiento real de los miembros, en un conjunto de oposiciones que son reducidas finalmente a una oposición central: **consecuencia/administración**. Donde el significado de la primera está asociada a la doctrina cooperativista —servicios a los socios, democracia interna, compromiso de entrega—, y el de la segunda a concepciones no solidarias —a la utilidad o ganancia, a la jerarquización—.

Estas oposiciones dan cuenta de una estructura que en términos de Max Weber implican un proceso burocrático a partir del cual sus integrantes intentan una "resolución" de una situación contradictoria y paradójica de la organización cooperativa, en la que coexisten "acciones racionales con arreglo a fines" —rendimiento económico de la cooperativa como empresa—, y "acciones racionales con arreglo a valores" —doctrina cooperativista—.

El modelo estructural y sus propiedades se mantienen presentes condicionando, tanto los esquemas organizacionales del proceso de toma de decisiones de la cooperativa como en las relaciones externas que establece la institución con otras organizaciones del medio sean o no cooperativas. Son precisamente estos dos niveles, los que aborda Renold en la segunda y tercera parte de su libro.

En el primer caso elabora un esquema organizacional de la toma de decisiones, a partir de una serie de situaciones —incorporación de personal, sanciones a los asociados, inversiones—, detectando que la racionalidad institucional en la toma de decisiones es función de tres componentes: el estructural, ya mencionado, el político-cognoscitivo entendido como control de recursos y beneficios ideológicos-doctrinales o como recursos y beneficios de conocimiento técnico o administrativo; y el extra-institucional que hace referencia a los efectos hacia el interior de la cooperativa de las actividades no controladas por ella: explotaciones agropecuarias, entidades cooperativas de segundo y tercer grado, bancos, organismos de gobierno, etc.

En la tercera parte, el autor también construye un esquema organizacional, pero en esta ocasión sobre las relaciones externas de la cooperativa con otras instituciones —gremiales, económicas, políticas, y sociales—. Aquí también el componente estructural, político-cognoscitivo, e interinstitucional están presentes, y tienen mayor o menor peso relativo de acuerdo a dos tipos de situaciones o contextos en que se desarrollan esas relaciones: el

cotidiano u ordinario —que deviene de la operatoria normal de la cooperativa—, o extraordinario —caracterizado por crisis de rentabilidad de los productores o crisis institucional—.

El material documental analizado en este caso corresponde tanto a comparación de fuentes secundarias que analizan la política agraria para un período histórico determinado, con las actas del consejo de dirección de la cooperativa para el mismo período, y las entrevistas a informantes.

En las conclusiones, el autor realiza algunas sugerencias para encarar una reforma institucional en las cooperativas agrarias, con el objeto de reducir o modificar el carácter paradójico —y por lo tanto recurrentemente conflictivo—, que es estructural al tipo de organización cooperativa analizada.

Finalmente, aunque ya el autor nos adelanta sus intenciones en páginas previas, en las conclusiones avanza decididamente en dejar claro que si bien el libro aborda específicamente la organización de una cooperativa agropecuaria, su objetivo y valor fundamental reside en su aporte a la construcción de una teoría de las instituciones, y en demostrar la utilidad del método estructural para este tipo de estudios. Un camino que Juan M. Renold ha iniciado con el abordaje de un grupo religioso (1984), y hoy consolida con el presente libro.

La organización de la obra dividida en tres partes, cada una con sus respectivas introducciones y conclusiones que dan cuenta del tema específico, la definición de conceptos, las fuentes utilizadas y los resultados parciales, y una conclusión final, resultan de utilidad para ordenar su lectura. En particular, porque la misma no resulta sencilla, dada la profusa utilización de las fuentes de información respetando su forma literal, y la exigencia que representa para los no iniciados el seguimiento de los pasos empleados para formalizar el modelo estructural.

No obstante, ello está plenamente justificado, en un texto que hace explícitamente suyo el pensamiento de S. Nadel (1966). El valor del análisis estructural reside en el método, en los pasos que permiten la definición y explicación del objeto, más que en el objeto mismo. En este sentido, el trabajo que comentamos es coherente y riguroso, y a mi criterio con un gran potencial docente sobre cómo se realiza una investigación científica seria en antropología social, sobre una problemática actual de la sociedad en que vivimos todos los días.

**Mario Lattuada**